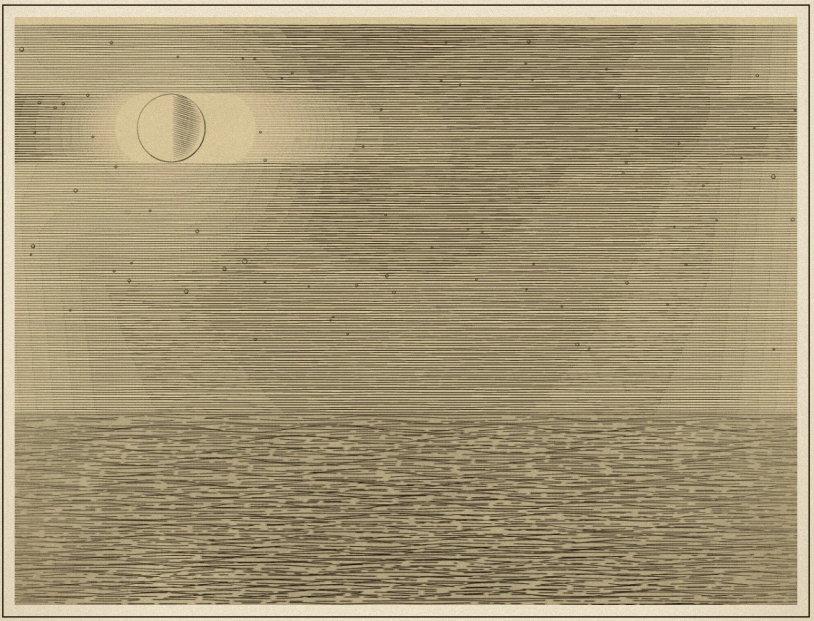
RECUERDOS

Francisco Sosa



La lámpara encendida

MMXXVI

Recuerdos

Francisco Sosa

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto original de la edición de México, Imprenta de Dublán, 1888.

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Al lector
Mis versos
A Lelia
Fragilidad
En el mar
A Luisa
La vuelta de la primavera
En un álbum
Humildad
Después de la batalla
A R.
¡Cinco de mayo!
Adoración
En la muerte del poeta W. R.
A Quintana Roo
Margarita
Los terremotos
A Hidalgo
Epitalamio
En un álbum
¡Infanticida!
A la noche
A un niño
La calumnia
En un álbum
¡Adiós!

Darío Mazuera

La caída de las hojas

En el baile

A una flor

Hogar desierto

Juárez

A Carlos

Al mar

Último adiós

En el panteón

A la señora A.

En un álbum

Ilusión

A...

En un abanico

Vanitas

A Morelos

El funeral de mi madre

A la ciencia

Trasformaciones

Adela

Sor Juana Inés de la Cruz

A la luz

A un río

Campeche

Al amor

En la muerte del licenciado don Francisco Gómez del Palacio

Al año de mil ochocientos ochenta y cuatro

La caza
A la señorita M.
La escuela
En la muerte del señor doctor don Rafael Lucio
Elodia
A la felicidad
¡Canta!
A Carmen
A la soledad
Desolación
Júpiter y Leda
Tus ojos
A una viuda
En el álbum de la señora R. B. de H.
¡Solo!
A Carmen
La coqueta
A un cazador
Amina
Oscar
Elvira
Inés
Lucía
Violeta
Gilda
Margarita
Margarita
Margarita

A Clementina
A la invención del telégrafo eléctrico
Carmen
Trece de agosto de mil quinientos veintiuno
La mañana
La siesta
La tarde
La noche
Cuauhtémoc
Cuitláhuac
Coanacoch
Cacama
Tetlepanquetzal
Xicoténcatl
En el baile y en el templo
Bienvenida
A mi amigo don Pedro Santacilia
A Teresa
Lazo de amor
La partida
Tu voz
Resignación
A Lelia
A Juárez
Al sueño
Al Popocatépetl
A Rafael Obligado
¿Por qué?

A un amigo
A una vieja
Trasformación
El tormento
A...
El niño enfermo
A una desposada
¡Perdón!
Plegaria
Reconciliación
Morelos
A Allende
A Lelia
La pecadora
A Lelia
Al general don Nicolás Bravo
La libertad
A una madre
A una artista
A Guerrero
A Laura
La palma
A Fela
En la muerte de mi padre
Voz profética
Adelfa
El mendigo
Tu secreto

A...
A Lelia
Remordimiento
Apariencia engañosa
¡Bendita seas!
Loor eterno
A Lesbia
Astro de amor
Quantum mutatus ab illo
A Fabio
A Yucatán
Tu retrato
En el sepulcro de una joven
Adelina Patti

Al lector

En nuestros días, poca o ninguna importancia revisten los libros que, como el presente, encierran nada más que la sencilla expresión de los individuales sentimientos del autor; en tanto que con ávido interés son leídas y estudiadas aquellas obras que traducen las tendencias y aspiraciones de un pueblo o de una raza, y en donde se ven, como en relieve, las batallas que libra la humanidad por avanzar un paso más en busca del incesante progreso que anhela.

Bien lo sé, y a las composiciones que forman este libro, las dejaría perecer en el olvido a que nacen condenadas las de su especie, si el natural cariño que se tiene a todo lo que guarda un recuerdo de horas que no han de volver, no me animara a compilarlas en edición reducidísima y privada, para mí y para las personas de mi intimidad.

Sinceramente he reconocido y confesado siempre, que mis versos no me dan el derecho de figurar entre los poetas mexicanos; que ellos, en manera alguna, pueden conquistar gloria para su autor, y honra para las letras patrias; que no palpita en ellos la inspiración ni están revestidos de galana forma, y, para decirlo en una sola frase, que antes que cualquier crítico me los señale, sus defectos saltan a mi propia vista.

Esto es tan cierto, que cuando los editores de la publicación intitulada el Parnaso Mexicano se atrevieron en 1886 a consagrarme uno de los tomitos de esa obra, les supliqué, primero, que desistieran de tal propósito, y, después, viendo su insistencia, les pedí que me concedieran que mis versos apareciesen precedidos de una carta autobiográfica, en la que se lee lo que sigue:

"Ante todo, manifiesto que soy el primero en reconocer con toda sinceridad, que no merezco la honra de figurar al lado de los verdaderos poetas mexicanos.

He escrito muchos versos; pero abrigo la conciencia de que con ellos no he podido conquistar el nombre de poeta; nombre que merecen muy pocos de los infinitos que escribimos renglones cortos.

Los versificadores no debíamos tener cabida en el Parnaso Mexicano, y si la tenemos es, seguramente, para hacer brillar más a los poetas: somos la sombra indispensable en todo cuadro."

No son, pues, alardes de falsa modestia los que hago en esta breve introducción, para obtener así la benignidad de la crítica; a la que, por otra parte, no debo temer, toda vez que ella se ejercita en obras dignas del magisterio que desempeña, y no en las que carecen de valor y de pretensiones.

Hechas las anteriores advertencias, juzgo necesario explicar por qué he empleado la combinación métrica en que están escritas las páginas que va a recorrer el lector.

Se han ponderado las dificultades que ofrece el soneto, hasta el extremo de que ilustres poetas prescinden de emplearlo, por temor de no salir airosos.

Sin dejar de comprender que el soneto es un molde estrecho para contener un pensamiento grandioso, en todo su desarrollo y plenitud, tengo para mí que es más adecuada que otra alguna esta combinación para los que no intentan expresar sino una sola idea en concisas frases.

El soneto es,—puede decirse así,—un relicario destinado a guardar el busto, en miniatura, de un ser amado; no el lienzo extendido en que se destaca una imagen de tamaño natural.

Cuando a un maestro en el arte se debe la miniatura, entonces aquel busto vale tanto o más que un gran cuadro; y cuando,—como sucede en mis sonetos,—se quiere únicamente conservar una imagen querida, aun cuando sea mediocre la obra de arte, se le guarda, no como rica joya sino como recuerdo dulcísimo para el corazón.

Tengan presentes estas ideas aquellos a cuyas manos llegue mi libro, y no habré nunca de arrepentirme de haberlo formado.

México, enero 15 de 1888.

Mis versos

No la sublime inspiración, no el canto que vence los rigores del olvido, encontrareis aquí, sino el sentido arrullo del amor, o el triste llanto. Amor de patria, fervoroso y santo; recuerdos dulces del placer perdido y queja funeral, en su sonido mi laüd traduce, o pasajero encanto.

No la esperanza de Ícaro, ilusoria, aliento dio a mi voz y fortaleza, ni lauros nunca ambicioné de gloria. Si este libro carece de belleza, es arca donde guardo la memoria de mis horas de amor o de tristeza.

A Lelia

Cuando marchite tus galanas flores el que es de la beldad fiero enemigo, y en vano pidas protección y abrigo a los que fueron, Lelia, tus amores; cuando todos te olviden; cuando llores en triste soledad, sin un amigo que de tu pena ruda al ser testigo anhele disipar tus sinsabores, entonces ven a mí; conserva el pecho puro el recuerdo de su afecto santo y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho contigo partiré, que no lo es tanto que en él no quepan tu dolor y el mío.

Fragilidad

No así te admire que la vida humana tal como el vidrio por lo frágil sea; que un soplo la formó dice la hebrea leyenda, fuente de la fe cristiana.

El vaso cristalino que engalana el mármol de tu rica chimenea, tuvo origen igual, ¿y a quién la idea de su breve durar nunca le afana?Si a leve soplo nuestro ser debemos, ¿qué extraño que otro soplo nos consuma y en polvo miserable nos tornemos?

¿Qué extraño que la vida, cual la bruma se disipe fugaz, y que duremos lo que la pompa de rizada espuma?

En el mar

Del mar cerúleo en la extensión la nave veloz deslisa la cortante quilla; un sol de fuego en el espacio brilla y en el erguido mástil posa el ave.

Siente de la brisa el beso suave el marinero audaz; con fe sencilla ante las obras del Señor se humilla y un himno entona con acento grave. Un instante después, fatal tormenta el mar agita, se oscurece el cielo y el rayo destructor brilla y retumba.

La horrible tempestad su furia aumenta, y el mísero marino sin consuelo halla en las ondas ignorada tumba.

A Luisa

El cielo con sus dones te engalana, lisonjas te prodigan los cantores, te brinda la riqueza sus favores, y vives, niña, de tu suerte ufana. Altiva como egregia soberana el mundo cruzas desdeñando amores, y pasas como pasa entre las flores la brisa juguetona en la mañana.

Mas ay! ignoras que la dicha dura lo que el aroma de la flor que luce en el prado sus galas y hermosura. Y en medio al esplendor que te seduce olvidas por tu mal la desventura a que la loca vanidad conduce.

La vuelta de la primavera

Al beso de las pardas golondrinas gozosa despertó la primavera, y su manto de flores la pradera vistió al punto que huyeron las neblinas. Del arroyo las aguas cristalinas murmuran con placer, y vocinglera entona el ave su canción primera al abrirse las rojas clavellinas.

De tus ojos así la luz ardiente mi corazón sintió cuando dormía tras largas horas de gemir doliente. Devuelves a mi pecho la alegría, la inspiración devuelves a mi mente, y te bendigo, primavera mía.

En un álbum

De mi cariño fraternal en prenda mis versos dejo aquí; tal vez un día salvar consigan la memoria mía cuando a la oscura eternidad descienda. Si tú los guardas, niña, como ofrenda de mi pura amistad y simpatía, en vano del olvido la onda fría querrá extenderse por mi triste senda.

Amores, ilusiones, cuanto adora el triste corazón, todo perece del tiempo con la marcha destructora. La amistad nada más, al hombre ofrece bálsamo dulce si sus penas llora, y en su nublado cielo resplandece.

Humildad

Al ver cuál vive en tormentosa lidia quien la cumbre tocó de la grandeza, bendigo mi humildad y mi pobreza, libre del dardo de la negra envidia. La horrible ingratitud y la perfidia no habré de lamentar; mi fortaleza la torpe adulación con su vileza no expone a sucumbir; jamás la insidia.

Amigos fieles a estrechar mi mano vendrán; no en pos del esplendor del oro sino de afecto fraternal y sano. Que en mi modesto hogar no hay más tesoro que aquel que guarda corazón cristiano que goza con el bien y enjuga el lloro.

Después de la batalla

El hórrido fragor de la pelea por fin cesó; ya no los atambores y el agudo clarín nuevos horrores anuncian en la lucha gigantea. El cañón se apagó; tan solo humea la roja sangre, y se oyen los clamores del herido infeliz que en sus dolores la atónita mirada allí pasea.

Está pensando en el hogar tranquilo en que dejara a la hechicera esposa junto a la cuna del dormido infante; y al ver que llega a destrozar el hilo de su vida, la parca presurosa, ¡perdón! perdón! prorumpe delirante.

A R.

¿Por qué pretendes bajo negra toca la frente así ocultar? ¿por qué el esbelto talle, se mira en el sayal envuelto y no hay sonrisas en tu linda boca?El blanco seno que a gozar provoca, del mundo alegre por el mar revuelto, no es dado contemplar, ni aquel resuelto andar, que aviva la esperanza loca.

Lega a olvido capricho tan extraño, y pues el mundo por gentil te adora. Desnúdate el sayal, cese el engaño; que en celda solitaria solo mora o la adusta vejez, o el desengaño; no aquella que tus gracias atesora.

¡Cinco de mayo!

Soñaba ¡oh patria! Napoleón tercero Hollarte impune, destrozarte un día, y olvidó que en Anáhuac existía heróico y noble corazón entero. Del bravo Cuauhtémoc estóico y fiero, a la sombra irritada no temía, despreciando en su loca villanía la memoria de Hidalgo y de guerrero.

Trajo las huestes que llevó con gloria doquiera Francia entre el fulgor del rayo, dejando inmarcesible su memoria, y no halló ni en débiles desmayo y vio confuso que grabó la historia En su libro inmortal: ¡cinco de Mayo!

Adoración

Jamás igual a ti, jamás tan bella Eva ostentóse en el Edén perdido, ni fue su tallo cual tu talle erguido que con altiva majestad descuella no de la tarde la luciente estrella, diamante en el espacio suspendido, el brillo de tus ojos ha tenido; la dulce luz que tu mirar destella.

¿Quién te puede igualar? quién al encanto de la belleza, la virtud aduna cual tú que guardas virginal tesoro? Por eso, Lelia, con cariño santo en ti fundo mi bien y mi fortuna, y cual se adora a Dios, así te adoro.

En la muerte del poeta W. R.

Tu dulce canto en los risueños días de la alegre niñez, me embelesaba, y de joven soñé que interpretaba en sus notas de amor, las ansias mías. Vinieron de la ausencia las sombrías horas, que nunca de llorar acaba mi triste corazón, y en ti pensaba al cantar, como tú, melancolías.

La brisa de la patria me ha traído de tu muerte fatal la infausta nueva, cisne canoro de mi Edén perdido; y ella al tornar a tu sepulcro lleva lamentos de mi pecho dolorido que tu memoria sin cesar renueva.

A Quintana Roo

Allá en el libro de la patria historia tus nobles hechos con amor grabados, Quintana ilustre, están; jamás borrados de nuestras luchas por la vil escoria. Salvaste de los tiempos tu memoria, sabio y patriota, esfuerzos denodados haciendo por doquier; ¡lauros ganados en la tribuna, pedestal de gloria!

Los años pasan; su fatal carrera arrastra nombres al eterno olvido, de vanas pompas insaciable hoguera; y en tanto el tuyo, de esplendor henchido, de Anáhuac en el cielo reverbera, del manto de la gloria revestido.

Margarita

De un hospital en la mansión sombría y con pálida faz como la cera, allí en el lecho solitario, espera su pobre corazón la muerte fría.

¿Y es esa aquella misma que fue un día gentil como las hadas, y hechicera cual la rosa del valle, y más parlera que ave pintada en la floresta umbría?Ay! del placer las olorosas flores aspid guardan que todo lo envenena!

El ángel era ayer de los amores, cual ninfa seductora, cual sirena, y a morir sollozando entre dolores hoy la suerte implacable le condena!

Los terremotos

Sordo rugido, cual rumor lejano del bravo mar que la ribera azota, se escucha resonar; su causa ignota pretende el hombre descubrir en vano. Y crece más y más, y al soberano impulso que las aguas alborota, la madre tierra se abre, y de ella brota en negras espirales humo insano.

Clamor inmenso que traduce el ruego, el llanto, y el pavor, y la agonía de un pueblo todo, hasta el Señor se eleva. Un rayo brilla de esperanza, y luego renuévase el temblor, con saña impía volviendo a difundir angustia nueva.

A Hidalgo

¡Ay del que osado a proclamar se atreve la santa libertad de un pueblo hundido en dura esclavitud! Ay si vencido al fin se mira por tirano aleve! Que no basta cortar el hilo breve de la vida del héroe aborrecido: por empañar su nombre esclarecido su lengua de áspid la calumnia mueve.

¡Oh grande Hidalgo! tu inmortal renombre hundir quisieran en la noche oscura los que del hombre hacen lobo del hombre. Y en vano te denigran; que a la altura en que supiste colocar tu nombre, no llega el fango de la tierra impura!

Epitalamio

Luce en tu frente la corona diva, nieve que en oro tu cabello engasta, la corona nupcial, enseña casta que en ti el fulgor de la hermosura aviva.

Con hojas de la verde siempreviva permite que la adorne; pues no basta tanta dicha gozar, si al fin se gasta, si no es eterna, si en el bien no estriba.

Hoy que en tu sien alabastrina pone esa diadema amor, a mi terneza este recuerdo tu bondad perdone: es un cielo el hogar, si la belleza dulce y amante su dintel traspone llevando por tesoro la pureza.

En un álbum

Formó tu tez purísima la nieve que el sol de enero esplendoroso baña en la cima del áspera montaña que solo el cóndor a escalar se atreve. Rosa es tu labio; tu cintura breve tan flexible y gentil como la caña; de seda tu negrísima pestaña; tu voz tan dulce cual el aura leve.

Eva al nacer en el Edén divino, menos hermosa fue, no fue tan pura ni encanto poseyó tan peregrino. Que los cielos bendigan tu hermosura alejando al dolor de tu camino, y amor eterno forme tu ventura.

¡Infanticida!

¿Cómo pretendes conservar el nombre más santo y más sublime de la tierra, si infame olvidas que ese nombre encierra cuanto de noble y puro adora el hombre?

¿Madre tú? madre tú? de tal renombre eres indigna, pues en cruda guerra vives ¡ay! con el bien, y al mal te aferra tu instinto, haciendo al mundo que se asombre. Yo he visto a la pantera enfurecida al ver herir al hijo de su seno, por vengarlo perder la propia vida.

Y te he mirado yo, de espanto lleno, tornarte en criminal infanticida por ocultar de tu conducta el cieno.

A la noche

Cubriste ya la tierra con tu velo ¡oh noche de mi mal consoladora! Tu calma y tu silencio el alma adora pues tregua ofrecen a mi triste duelo. Radiante cruza el azulado cielo, seguido de su corte encantadora el astro del amor, mientras la aurora vuelve a lucir y a renovar mi anhelo.

Ah! si tus horas prolongar pudiera, ¡cuán dichoso y feliz me sentiría! ¡Qué dulce el curso de mi vida fuera! Odio la luz del esplendente día porque al brillar en la celeste esfera el sol alumbra la tristeza mía.

A un niño

Mezcla indefinible de tristeza y de íntimo placer, al verte, siento cuando sigues feliz el movimiento de ave pintada que a volar empieza.

Si de la flor en la gentil belleza, ¡Oh niño! encuentras plácido contento, henchido de temor mi pensamiento al porvenir oscuro se endereza en el ave y la flor encantadora la fiel imagen de tu vida miro hoy que disfrutas de la edad temprana: artero cazador, mano traidora la muerte les dará; y a ti en su giro las tristes penas de la vida humana.

La calumnia

Unióse con la infame cobardía, de Envidia el hijo hipócrita, el despecho, y pronto aquella en su asqueroso lecho a Calumnia dio a luz; nació otra Arpía. Sus padres mismos al brillar el día se horripilaron al mirar que el pecho del fruto de su union, de sierpes hecho en el Averno oscuro parecía.

Al sentirse en el mundo abandonada pidió a curiosidad la necia, abrigo, y encontróse feliz en su morada. Halló en el torpe maldecir testigo, de los rencores viles se vio armada y en cada criminal tuvo un amigo.

En un álbum

Aunque nunca la luz de tu mirada derramó sobre mí sus resplandores, ni oí jamás tu voz, los trovadores que estás, me dicen, de belleza ornada.

Yo sé también por ellos, que es morada de la virtud, tu corazón; que flores te ofrecen la amistad y los amores y que eres entre todas celebrada; que es la luz de tus ojos clara aurora. Como la noche negra, tu cabello, y tus labios cual flor encantadora.

Por eso al recibir tu libro bello como una ofrenda a tu beldad, señora, con este canto tus elogios sello.

¡Adiós!

Adios! adios! si al suspirar el viento entre las flores de tu hogar querido remeda alguna vez hondo gemido que un pecho exhala en su letal tormento, escucha allí mi voz; será el lamento del bardo triste por tu amor herido, que a demandarte irá que no al olvido su nombre legues en fatal momento.

Adios, mi bien; doquiera la ventura tu senda borde con fragantes flores dignas de tu beldad, de tu alma pura. Adios, y sé feliz; que siempre ignores. En tanto que padezco, la amargura de los tristes recuerdos punzadores.

Darío Mazuera

Un ave huyendo la tormenta impía que recio rebramaba allí en su suelo, el nido abandonó, tendiendo el vuelo a las riberas de mi patria un día. En sus cantos, raudales de armonía dulce vertió con incesante anhelo, y en el pensil de Yucatán el cielo encontró del amor que apetecía.

¡Mas ay! el ave que del Cauca vino, era un ave a morir predestinada de ardiente juventud en el camino. Sorda rugió la tempestad airada para cumplirse su fatal destino, y yace ruiseñor en tumba helada.

La caída de las hojas

Cayendo están las hojas; por el suelo las arrastra impetuoso torbellino; perdió la selva su esplendor divino, sus nubes de oro nuestro limpio cielo. En las ramas del árbol no su duelo lamenta el ave en armonioso trino, ni halla sombra el viandante en su camino, ni hay para el pecho bienhechor consuelo.

Tristeza nada más! el alma mía al ver marchitas las hermosas flores que grata primavera ayer vestía, recuerda que así pasan los amores dejando solo la memoria impía del goce disfrutado en días mejores.

En el baile

A la Srita. R...

No de tu hechizo virginal las flores a marchitarse expongas en las salas del baile tentador; tiende tus alas a otros cielos más puros y mejores. Aquí luces encantos seductores, y belleza sin par; vistosas galas, y, de la orquesta al resonar, resbalas entre suspiros y jurar de amores.

Es cierto, dulce niña; tu hermosura forma del baile la mejor presea y todo a fascinarte se conjura; pero si eterno galardón desea tu alma, huye de aquí; modesta y pura la gloria del hogar tu gloria sea.

A una flor

Deja que imprima de ternura lleno, mis labios en tus pétalos de grana, ya que luciste tu esplendor, galana sobre la nieve de su blanco seno. Deja que al llanto y al dolor ajeno celebre tu ventura soberana, encantadora flor que en la mañana gentil brillaras en el prado ameno.

¡Ay! ya marchita al trascurrir las horas he de venir a hallarte al nuevo día, sin las tintas brillantes que atesoras! Y así te guardaré! que el alma mía por ti ha de recordar las seductoras frases del ángel que hasta mí te envía.

Hogar desierto

¡Cuán triste y sola, sin el bello aliño que imprime la beldad en los hogares, se encuentra mi mansión! ¿dó los cantares están, que ensaya maternal cariño? El grato alborotar del tierno niño, más dulce que los tumbos de los mares, ¿por qué no escucho aquí, y en mis pesares conmigo solo, cual demente, riño?

Ay! que temiendo al porvenir oscuro a los goces de amor cerré mi puerta. Cual en presencia de infernal conjuro! De su letargo el corazón despierta, miro imposible el bienestar seguro y está la flor de mi esperanza muerta.

Juárez

Hijo del pueblo que en humilde cuna ve de la luz primer los resplandores, de la dulce niñez en los albores le niega sus tesoros la fortuna mas como el hombre, si en su ser aduna el génio a la virtud, a superiores esferas se levanta, las mayores grandezas alcanzó sin mancha alguna.

En los combates de la vida fiera su firme voluntad y heróico brío constante brilla y su moral austera; de la invasión ante el estrago impío alza la libre tricolor bandera, y aumenta de la patria el poderío.

A Carlos

Necio! de orgullo y vanidad te llena mirarte de Lucila preferido; de la hechicera joven que al olvido los juramentos del amor condena.

De aquella que atrayendo cual sirena, si el capricho falaz mira cumplido se lanza de otro en pos, y no ha sentido latir su pecho ante la angustia ajena como tú, se ostentaron vencedores mil y mil que conservo en la memoria, y sin ser, en verdad, que tú mejores.

Nadie te envidia tu fugaz victoria, ni puede ser feliz con tus amores quien siempre ambicionó más alta gloria.

Al mar

Tú en realidad tornaste los ardientes ensueños de Colón embriagadores, cuando del génio un día a los fulgores sus naves entregaba a tus corrientes. Tú eres lazo de unión: los continentes De fuerza y esplendor te son deudores, y la ciencia por ti sus resplandores en dos mundos derrama indeficientes.

Canten otros tus negras tempestades y teman tu furor: yo me extasío cruzando tus inmensas soledades. Ya te ostentes en calma, o ya bravío, grande ¡oh mar! a través de las edades te admira absorto el pensamiento mío.

Último adiós

Tal como queda solitario el huerto de invernal estación a los rigores, sin la dulce ilusión de tus amores está mi triste corazón desierto. Como suspira el navegante el puerto de negra tempestad en los horrores, buscaba ansioso del hogar las flores do tus excelsas cualidades cierto.

Ay! todo en vano fue! seguí tu huella ansiando, ingrata, proclamarte mía, y escuchar no quisiste mi querella. Murió la luz de la esperanza mía, de mi ventura se nubló la estrella y eterno adios mi corazón te envía.

En el panteón

En vano el triste funeral tañido con que puebla los aires la campana, convoca a la oración; corre liviana la humanidad tras el placer mentido. Allí en las tumbas, cuanto ser querido embellece la vida y la engalana, el esposo, y los padres, y la hermana, duermen el sueño del eterno olvido.

Los cirios arden, y de hermosas flores se cubren los sepulcros, y ostentosa se mira a la riqueza en los mejores. Mas nadie llora aquí; solo en la fosa del fruto angelical de sus amores raudales vierte madre cariñosa.

A la señora A.

Si te es amarga la verdad, perdona; mas permite que te diga mi cariño que te alejes de aquí; te aguarda el niño que es de una madre la mejor corona. Quien de modestia y de virtud blasona, no ha menester tan esmerado aliño, ni sus formas blanquísimas de armiño a las torpes miradas abandona.

Vaso es que guarda celestial perfume de la mujer casada la belleza, para el santuario del hogar tan solo. Aléjate de aquí, pues se consume del corazón amante la pureza. En donde imperan la lisonja, el dolo.

En un álbum

No importa que con vívidos colores la vista halague primorosa y bella la camelia gentil, si no hay en ella un cáliz lleno siu cesar de olores. No importan los plumajes seductores en cuyos iris su fulgor destella la luz del astro rey, preciada aquella ave que entona querellar de amores.

Las ricas galas, la belleza suma en la mujer así que nos cautiva, son colores de flor, del ave pluma. Si quieres, Laura, que tu encanto viva, ave canora sé, flor que perfuma, modesta cual humilde sensitiva.

Ilusión

Ah! cuántas veces palpitar violento oigo a mi corazón, y a su latido sueña en los goces del placer perdido delirante de amor mi pensamiento! Ah! cuántas veces melodioso acento llega a mi mansión, hiere mi oído y me promete que en oscuro olvido mis penas quedarán y mi tormento!

Entonces en mi cielo resplandece astro que dulce porvenir augura y que mi anhelo y mi esperanza acrece; mas cuánto es breve la ilusión!... fulgura un instante no más, y desaparece y aumenta, al disiparse, mi amargura.

A...

Ayer al borde del sepulcro frío te detuvo mi mano cariñosa, y allí, junto a tu lecho, pesarosa miraba mi alma tu dolor impío. Hoy tornas a vivir, y el pecho mío palpita al verte tan feliz y hermosa como se yergue la pintada rosa después que pasa el huracán bravío.

Mañana, dichas y placer y gloria encontrarás, radiante de alegría, y al olvidarte de tan triste historia te olvidarás de la memoria mía, porque del mundo vil entre la escoria es la flor del recuerdo, flor de un día.

En un abanico

Por más que seas de cariño ofrenda y admire tus primores soberanos, de tu dueño gentil entre las manos rica te juzgo pero inútil prenda. La que ha perdido del pudor la venda, necesita de ti, y alardes vanos ofrece de candor, mientras livianos sus pensamientos hacen que se encienda.

No así la niña encantadora y pura a quien mi canto brindo reverente y en cuyos ojos la pasión fulgura. No así tu dueño, no; brilla en su frente diadema de virtud y de hermosura, como rayo de sol, resplandeciente.

Vanitas

¡Oh pobre humanidad! el golpe fiero de la implacable mano de la muerte, en instante brevísimo convierte en humo y nada tu esplendor primero. Gigante roble que miró altanero las recias tempestades, y que fuerte por siempre se creyó, la infausta suerte obtiene de la flor: polvo es ligero!

¿Por qué si pasas como sombra vana y tu poder tan presto desparece, tu mente llena vanidad insana? ¡Oh loca humanidad! te desvanece la vil lisonja que en mentir se afana, y necia olvidas lo que no perece.

A Morelos

¡Mártir de Ecatepec, sin par Morelos! Llegue hasta el sólio de tu excelsa gloria el himno que consagra a tu memoria la patria de tu amor y tus anhelos.

Anáhuac te bendice, y en sus duelos y en sus horas de paz, mira en la historia que a ti es debida su mejor victoria; a tu génio feliz, a tus desvelos. Miraba el orbe con desden profundo el rudo batallar del pueblo indiano; vencido le juzgaba, moribundo.

De Cuautla el nombre traspasó el océano con tu nombre inmortal, y entonce el mundo la gloria proclamó del mexicano.

El funeral de mi madre

La postrera oración bajo la nave del espacioso templo resonaba, y el concurso, apenado, se alejaba con paso lento, silencioso y grave. En la alta torre, su graznido el ave al ver cerrar el féretro lanzaba, y por única prenda me quedaba de aquel bruñido féretro la llave.

Al peso de tan rudas emociones en horrible letargo me adormía y volaba a otros mundos ignorados.... Y ya no supe más; de los blandones el resplandor siniestro ya no hería mis tristes ojos de llorar cansados.

A la ciencia

Yo no te admiro, no, cuando la prora del hermoso bajel los mares hiende, ni cuando altiva y poderosa asciende las cumbres la veloz locomotora. No ensalzo tu poder porque señora, eres del rayo que a tu voz desciende, ni me asombra saber cómo sorprende secretos, tu mirada indagadora.

Mas si del torpe error y la mentira tu luz al hombre por su bien redime y en la razón y en la verdad le inspira, entonces tu grandeza en mí se imprime, y el alma, ¡oh ciencia! con fervor admira tu excelsa gloria y tu poder sublime.

Trasformaciones

Del seno de la tierra desprendido impalpable vapor subió a la nube, como en las ondas de los vientos sube de los pobres el ruego bendecido. Flotó en el éter de esplendor vestido semejando las alas de un querube, y luego descendió, y entonces hube de mirarlo ya en perlas convertido.

Las perlas en diamantes se trocaron cuando en el cáliz de la flor cayeron y fúlgida corona le formaron. Brilló después el sol; palidecieron sus besos al sentir; se evaporaron, y a formar otra nube se volvieron.

Adela

Del Cantábrico mar en la ribera y de sus olas al amante arrullo, primoroso y gentil brotó un capullo de rosa purpurina y hechicera. Le dio su beso el aura lisonjera, la fuente mansa plácido murmullo, y le vio con amor, con noble orgullo la aurora y le brindó su luz primera.

Así creció la flor; mas plugo un día al Señor de los mundos soberano, que fuese gala de la patria mía. Trájola aquí la omnipotente mano, y hoy luce su esbeltez y bizarría bajo el hermoso cielo mexicano.

Sor Juana Inés de la Cruz

Le dio la hermosa juventud sus flores: era bella y gentil; su gallardía allí en la corte vireinal lucía hiriendo pechos, inspirando amores. Brillaban en sus sienes los fulgores del sacro fuego que en su mente ardía, y nunca el ave remedar podía las notas de sus cantos seductores.

Y cuando más el pueblo mexicano sus gracias, su virtud y su talento lleno de orgullo proclamaba ufano, dominada de oculto pensamiento, teniendo, acaso, horror al mundo insano, ocultóse en las sombras de un convento.

A la luz

¡Oh luz radiante, que al bajar del cielo embelleces la tierra y la iluminas! ¿Qué serían sin ti las peregrinas beldades que despiertan dulce anhelo?¿Qué las flores y el mar, y el verde suelo, y las gotas del agua diamantinas? ¿Qué la vida sin ti?

¿qué las divinas obras que el génio nos dejó en su vuelo?Del alma agradecida suba el canto, suba a tu fuente, ¡oh luz! entre el incienso del orbe que en ti funda su tesoro,Porque revelas del eterno y santo Dios de los cielos, el poder inmenso, en los raudales de tus rayos de oro.

A un río

Aquí, en el bosque donde el alma siente rodar las horas en quietud serena, por entre guijas y menuda arena se deslizan tus ondas blandamente.El cielo azul, la luna refulgente, en ti copian su faz de encanto llena, y es grato en esta soledad amena el plácido rumor de tu corriente.¡Quién al mirarte, cristalino río, encanto de las aves y las flores, cinta de plata que en el bosque umbrío reproduce del sol los resplandores, quién puede sospechar que el mar bravío con tus aguas aumenta sus furores!

Campeche

Cual se reclina perezosa una hada en su lecho, al fulgor de los luceros, está Campeche así, por lisonjeros arrullos de la mar acariciada. Le da sus besos brisa regalada, perfume grato verdes limoneros, fresca sombra gentiles cocoteros. Canoras aves música acordada.

Allí mi cuna se meció; el destino me arrebató de mi natal ribera, trazóme por mi mal otro camino; mas de la vida en la borrasca fiera del patrio cielo el resplandor divino será del alma la ilusión postrera.

Al amor

Amor, inmenso amor, amor sublime que santo y puro el universo llenas; dulce amor que a las almas enajenas, amor que al mismo criminal redime: llena mi corazón; tu huella imprime en él, borrando las amargas penas; de grato bienestar y horas serenas ¿por qué me niegas las delicias, dime?

Fuente es mi pecho de sin par ternura, en la virtud de la beldad yo creo, y culto le consagro a la hermosura. Amor, inmenso amor, no es devaneo mi férvida ambición; tu llama pura es la que aviva mi febril deseo.

En la muerte del licenciado don Francisco Gómez del Palacio

del Sr. Lic. Don

De sacra libertad en los altares, constante y fuerte consagró su vida de su patria al honor, que fue su egida en las horas de dicha, en los pesares.

Patria y ciencia por dioses tutelares tuvo su heróica fe, siempre encendida en ese santo amor que no se olvida a despecho del tiempo y sus azares.

El, de las leyes el recinto augusto con noble acento varonil llenaba, en defensa del débil, de lo justo; y si la lira de marfil pulsaba ¡qué tierno su cantar! ¡qué excelso gusto en su verso magnifico mostraba!

Al año de mil ochocientos ochenta y cuatro

Jamás te olvidaré! Cuando tus días empezaba a contar, volví a aquel suelo do abrí los ojos a la luz del cielo, volando en alas de las ansias mías.

Las horas de la ausencia, tristes, frías, mi ser llenaron de amargura y duelo, y a mi cuna torné con el anhelo de gozar mis pasadas alegrías. En vez, entonces, del placer soñado. Para el que fuera el corazón estrecho, año fatal, ¿qué fue lo que me diste?

De mi madre querida el cuerpo helado ante mis ojos en mortuorio lecho, dejando a mi alma solitaria y triste!

La caza

¡Cuán alegre y feliz sobre la rama de roble erguido que respeta el viento, gozosa lanza su amoroso acento canora el ave que a su dueño llama!

En tanto fiero el hombre que proclama ser rey del universo, y es portento de bondad y saber y sentimiento, a quien la sacra inspiración inflama, siente envidia tal vez de un ser dichoso, su trino placentero le lastima y le recuerda de su amor la suerte.

Prepara el arma, y luego, cauteloso, oculto entre las hojas, se aproxima y al ave encantadora da la muerte.

A la señorita M.

En tu edad infantil, amiga mía, con intensa emoción te contemplaba, si tu planta gentil se deslizaba en las riberas de la mar bravía. Tu mano diminuta recogía conchas de nácar que la mar lanzaba, y la ola blanca que tu pié besaba temerosa a mis brazos te traia.

Entonces se fijaba con anhelo en el oscuro porvenir mi mente, pensando en sus borrascas y su duelo; y al ver hoy tu beldad resplandeciente tiemblo al mirarte y le demando al cielo que jamás el dolor nuble tu frente.

La escuela

Oid! en dulce y argentino coro parece que se elevan a la altura palabras mil y mil que el onda pura lleva en sus alas con rumor sonoro.

Los niños allí están; allí el tesoro se encierra ¡oh patria! que en edad futura formará tu grandeza y tu ventura y la prenda será de tu decoro, ¡bendito el templo do la ciencia ofrece al niño, con amor, sus ricos dones, y la razón sublime resplandece!

Funda en la escuela, Anáhuac, tus blasones, que solo al pueblo do el saber florece contemplan con respeto las naciones.

En la muerte del señor doctor don Rafael Lucio

Bella Teñoxtitlan, tus ricas galas en tul sombrío, aterrador, convierte, el llanto acerbo de la pena vierte, suspiro gemidor llene tus salas. Cubrió tu suelo con sus negras alas el ángel misterioso de la muerte, y el sabio sucumbió; mírale inerte mientras la vida en el placer resbalas.

Cuando le llame, de ansiedad transido, al verse en lecho de dolor postrado el enfermo infeliz, sordo su oído encontrará su voz; ¡lo quiso el hado! Pero su nombre vencerá al olvido de la historia en las páginas grabado.

Elodia

Era tan dulce, cariñosa y buena, en el paterno hogar, la hermana mía, y tanta su piedad, que ella tenía por suya propia la desdicha ajena. En su mirada angelical, serena, su noble corazón resplandecía y el eco de su voz era armonía de dulce encanto y de ternura llena.

Junto a la madre de mi amor, callada sufria de sus penas la amargura, a una temprana muerte resignada; y al ver llegar su fin, clavó en la altura de sus serenos ojos la mirada, llena de fe, con la conciencia pura.

A la felicidad

Sombra eres que persigue delirante el hombre, y forma su mejor anhelo, desde que un rayo de la luz del cielo su frente baña con cariño amante. Amor, riqueza, gloria deslumbrante, omnímodo poder, paz y consuelo, todo lo llevas tú que en raudo vuelo el orbe cruzas con fulgor radiante.

Mas ay! no escuchas el clamor sentido con que ferviente el corazón te invoca; sorda a los ruegos, sin piedad pareces. Como Ulises, te cubres el oído y el éter hiendes, y voluble y loca prometiendo volver, te desvaneces.

¡Canta!

Tal como suele de la noche umbría interrumpir el ruiseñor canoro la calma y soledad, con el sonoro canto de amores que a su bien envía; como vaga en los bosques la armonía de arpadas aves en amable coro, llegó a mí tu voz, y allí un tesoro hallé de encantos para el alma mía.

¡Oh niña hermosa! si cantando hiciste latir mi corazón endurecido por las tormentas del pasado triste, canta otra vez y del placer perdido las horas volverán, pues nada existe cual de tu voz angélica el sonido.

A Carmen

Si al marchitarse tu gentil belleza de impuros goces al embate fuerte, como beso postrer el de la muerte sintieras, sin pesares ni tristeza; si al reclinar tu lánguida cabeza en el lecho de amor, quedase inerte, ¿qué dicha cual la tuya? ¿mejor suerte te pudiera ofrecer Naturaleza?

Mas no; que el tiempo al trascurrir impío reserva para ti tormento y llanto, desprecio, olvido, sinsabor y hastío; de tantos sueños y delirio tanto recuerdo amargo en hospital sombrío y el último rincón del camposanto.

A la soledad

Tregua buscando al anhelar que siento a ti un refugio, soledad, te pido; rueden mis horas en quietud y olvido, halle descanso en ti mi pensamiento. Los que gozan de dicha y de contento disfrutando el amor de un ser querido, los que felices son, entre el rüido del mundo, vivirán sin mi tormento.

Mas yo que miro conjurarse airadas las penas todas contra el alma mía, busco tus horas tristes y calladas. Amable soledad, oculta pía mis lágrimas que corren desbordadas; que de ellas nadie por mi mal se ría.

Desolación

Rugió la tempestad, cubrióse el cielo con negro manto funeral, sombrío, y al triste navegante el mar bravío hundió en abismo de profundo duelo. Al ave incauta que tendiera el vuelo hacia ignota region por el vacío, allí la sorprendió; cadáver frío era al tocar con su plumaje el suelo.

Las verdes ondas del sereno lago que el cielo azul y las pintadas flores ayer copiaban con amante halago, hoy agitan los vientos bramadores, y siembra por doquier luto y estrago la horrenda tempestad en sus furores!

Júpiter y Leda

De Leda, ninfa de hechicero encanto, quiso el rey de los dioses, cierto día, alcanzar el amor; mas ella, fría oyó del dios el amoroso canto. Ni los ruegos de Júpiter, ni el llanto, vencer lograron a la ninfa impía que, fuerte, su pureza defendía y no dejaba del pudor el manto.

De cisne entonces Júpiter vestido a la ninfa llegó; de su blancura prendóse Leda y le abrigó en su seno... ¡Oh niña encantadora! no en olvido pongas, que infame el seductor procura llegar a la beldad con manto ajeno.

Tus ojos

¡Qué negros son tus ojos, Lelia mía! Son como el manto de la noche oscura; tan negros cual la horrible desventura de aquel que en vano tu cariño ansía.

Ante tus ojos, de la luz del día el brillo cede, y en su llama pura se enciende el corazón, y con ternura el ruego ardiente del amor te envía. Están de luto porque no en tu pecho al vendado rapaz brindas asilo, y venle herido de mortal despecho.

De luto visten porque está tranquilo tu tierno corazón y satisfecho mientras que corre de mi llanto el hilo.

A una viuda

Ostentabas ayer la negra toca, del luto el trage y el tupido velo, y no sentir piedad de tanto duelo era tener el corazón de roca. Hoy en el baile seductor, provoca al gozo tu mirar; parece un cielo tu régio trage azul, y amante anhelo alienta al verte la esperanza loca.

Goce en la tumba de eternal reposo quien su nombre y amor te diera un día, jurando en el altar ser fiel esposo. ¡Quién en los muertos piensa! la alegría irradie, Celia, en tu semblante hermoso, sin llorar por quien tanto te quería.

En el álbum de la señora R. B. de H.

Yo vi correr de tu niñez florida a la sombra del bien las gratas horas, y vi cómo, después, tus seductoras gracias, crecieron con tu dulce vida. Te vi al amparo de celeste egida aprender las virtudes que atesoras, y vi tu puro amor en sus auroras cuando eras solo hermosa prometida.

Hoy que contemplo en tu serena frente que nunca el tiempo marchitó en su giro, de esposa la diadema refulgente, ¡oh Rosa amiga! con placer te miro, ensalzo tus bondades reverente, te doy mi canto y tu virtud admiro.

¡Solo!

En medio de la noche, cuando gime el viento entre las hojas, y murmura la mansa fuente cristalina y pura y duerme el orbe con quietud sublime, ¡cómo la triste soledad imprime en mi ser el dolor y su amargura! El alma el cáliz del pesar apura y nadie del tormento la redime.

Si tú que dulce, cariñosa y buena halagas al que sufre y al que llora, me vieras en mis horas de agonía, dolida de mi mal, de fuego llena vendrias a mis brazos seductora, y fueras, Lelia, para siempre mía.

A Carmen

Sin freno ni pudor, encenegada allí en las ondas del deleite impuro, tú vives sin pensar en lo futuro, de tus deberes santos olvidada. ¿Quién puede contener la arrebatada corriente que te arrastra a un mal seguro? Para volverte al bien ya no hay conjuro, y ruedas al abismo, despeñada.

¡Qué horrible despertar el que te espera tras ese sueño del amor insano! ¡Qué horrenda realidad tras la quimera del goce que imaginas soberano, al llegar la vejez adusta y fiera con sus arrugas y cabello cano....!

La coqueta

No es mentira, no lo es, que las sirenas hechizaban, cantando, al navegante que incauto las oía y delirante de Sirenusa hollaba las arenas. Y no es mentira, no, que entre cadenas cautivo se encontraba en el instante, y en vez de goces y cariño amante la muerte hallaba tras agudas penas.

El que a dudarlo con tesón se atreve y piensa de un hechizo estar seguro, alcanza el desengaño en tiempo breve. Existe la sirena, yo os lo juro, y siempre existirá, pues es la aleve coqueta, del presente y del futuro.

A un cazador

Si con ansia mortal miraste un día de tu mansión bajo el dorado techo, al hijo idolatrado que en el lecho te dio su adios postrero en su agonía; si de entonces tenaz melancolía tu frente anubla y despedaza el pecho, y en vano la amistad a tu despecho consuelo ofrece, bondadosa y pía:

¿cómo puedes mirar indiferente a la madre del tierno cervatillo que allí en el bosque cautivaste artero? ¿Nada te dice su gemir doliente cuando le hiere el deslumbrante brillo de tu desnudo matador acero?

Amina

De negra envidia, de rabiosos celos siempre víctima fue la joven pura que revela en su cándida hermosura ser un ángel bajado de los cielos por eso, Amina, con amargos duelos trastorna tu razón la desventura; mas no importa; sabrás con tu ternura de la calumnia desgarrar los velos.

De tu voz celestial el eco grato al alma llegará del ser que adoras, y entonces volverá de amor henchido. Libre de dudas tornará el ingrato, y si hoy, Amina, con angustia lloras, tu llanto en breve secará el olvido.

Oscar

Pajecillo gentil, tu caballero mal los caprichos del amor entiende, y de su erguido pedestal desciende al convertirte, Oscar, en mensajero. Su dama, al verte, del amor primero mira la llama renacer, y tiende la mirada hacia ti, porque comprende que te ama por galán y por parlero.

Si mano aleve, de su antiguo amante le priva, y triste por su muerte llora, pronto en olvido tan fatal instante pondrá al hechizo de tu voz sonora, y entonces mirarás que delirante viene a jurarte que sin fin te adora.

Elvira

Por destronada majestad te deja en el abismo del dolor hundida, a ti, su encantadora prometida, Arturo, infiel, y sin piedad se aleja no mira que en tus sienes se refleja corona de los cielos desprendida; de las promesas del amor se olvida y parte así, sin escuchar tu queja.

El llanto enjuga; tornará el perjuro, y tras las horas de la pena impía tendrás, Elvira, bienestar seguro. ¡Oh dulce alondra, cuando brille el día tu amado volverá; que es un conjuro de tu canto sin par la melodía.

Inés

¡Cómo pudo escuchar Vasco de gama Sin caer a tus pies, de amor rendido, aquel sublime adios, aquel gemido que en vivo fuego el corazón inflama! Tórtola triste que su bien reclama cuando contempla su desierto nido, no se queja cual tú, ni es tan sentido su dulce acento, si a su dueño llama.

Lluvia de perlas en cristal sonoro son las notas, Inés, de tu garganta; divino arpegio que a su lira de oro arranca el ángel que al Señor levanta la hermosa voz en el celeste coro, y su poder y su grandeza canta.

Lucía

En el delirio del amor soñaba armonía celeste, arrobadora, la hermosa diva oír; la soñadora era su dulce voz la que escuchaba. Era ella misma quien así cantaba cual ave tierna que a su amado llora; cual murmullo de fuente gemidora era ella misma la que así lloraba.

Aplauso inmenso, atronador, ferviente, desde el vasto salón que está poblado de seres mil y mil, llega a Lucía: brilla la luz en su inspirada frente, y mira al despertar, que ha conquistado el lauro eterno que el artista ansía.

Violeta

¡Oh mujer celestial, gloria del arte! A cuánto alcanzan de tu voz sonora la magia y el poder! ¿quién no te adora, ni quién te puede ver sin admirarte? Dispuesto el corazón a perdonarte se encuentra, si apareces pecadora en Violeta infeliz, y atronadora salva de aplausos rompe a saludarte.

En vano grita la razón severa que nadie preste abrigo bondadoso a quien las leyes del honor vulnera: al escuchar tu canto melodioso te brinda el alma compasión sincera, y olvida tu pasado tormentoso.

Gilda

Allí en tu corazón enamorado que es de ternura celestial venero, veleidoso y falaz dejó Gualtero Su nombre, Gilda, por tu mal, grabado.

Tu pecho estaba a la pasión guardado y él fue quien lo hizo palpitar primero con la delicia del amor, y fiero dejó el infiel tu hogar abandonada por él las notas de tu canto triste que el aura lleva al cielo de zafiro, doliente lanzas pues partir le viste.

Y en tanto que te aplaudo y que te admiro, pues nadie el eco de tu voz resiste, para él será tu postrimer suspiro.

Margarita

Dices bien, Margarita encantadora, en tu regia mansión la paz serena de dicha celestial el alma llena, nadie suspira, se lamenta o llora. Tesoro de bondad, la mediadora quisieras ser en la ciudad del Sena, en el fatal instante en que resuena de religión la lucha asoladora.

¡Mas ay! en vano tu divino acento calmar pretende a la iracunda y ciega turba, que ruge cual leon hambriento; en vano, en vano tu piedad le ruega, que esa campana en su clamor violento grita que el pueblo a asesinar se entrega.

Margarita

Tan dulce como tú, tan hechicera, del trágico alemán la fantasía a Margarita soñó, cuando escribía su leyenda sublime y duradera.

La ingenuidad de la pasión primera que a la callada flor consulta y fia de amor la duda que le acosa un día ante el halago de pasión artera, ¡cuál resplandece en ti con dulce encanto!

¡Cómo brilla en tus ojos la ventura a la hora del placer, y cómo el llanto de tu alma dice la sin par ternura divina Margarita! y a tu canto ¡cuál se aleja de las almas la amargura!

Margarita

Hubo en Thule, ¿te acuerdas, Margarita? Un rey a quien su dama en el instante postrero de la vida, dióle amante copa áurea en prenda de pasión bendita. El tiempo que a la nada precipita cuanto ilumina el sol con luz brillante, vencer no pudo la pasión constante ni disipar del rey la amarga cuita.

Al entregar el trono a su heredero a la hora de morir, la copa de oro lanzó del mar hasta el abismo fiero.... Cuando te alejes, ruiseñor canoro, y triste escuche tu cantar postrero, arrojaré mi lira al mar sonoro.

A Clementina

Y partes, golondrina emigradora, y por otra region a Anáhuac dejas? Comprendes que te adoran, y te alejas sin ver que el alma por tu ausencia llora. Mañana, cuando brille de la aurora el sonrosado albor, junto a tus rejas en vano tu cantor sus tristes quejas a repetirte volverá, señora.

¡Cuánto es amargo del adios postrero el eco triste que en el alma suena en este del partir instante fiero! ¿Cómo la vida trascurrir serena veré, sin escuchar el hechicero arrullo de tu voz de encanto llena?

A la invención del telégrafo eléctrico

De las corrientes de la mar sonora, del rayo de la luz que baña el suelo, del águila caudal que eleva el vuelo a los espacios do la nube mora; del eco del cañón que aterradora llama vomita derramando el duelo; de cuanto el hombre concibió en su anhelo de poder, eres tú la vencedora.

¡Quién igualarte puede, mensajera que cruzas el espacio, y el profundo abismo de la mar airada y tiera! Prodigio entre prodigios sin segundo, consuelo das al que anhelante espera y eres lazo de amor que liga el mundo.

Carmen

No hay en la tumba que te guarda, flores; tu nombre nada más, casi borrado, recuerda al caminante descuidado el término fatal de tus amores.

Del sol a los postreros resplandores evocando memorias, he llegado sin saberlo hasta aquí, y he recordado ¡oh Carmen! tus hechizos seductores ya todos te olvidaron; fuiste un día, Carmen hermosa, la gentil sultana a quien la alegre juventud rendía tributo por su gracia soberana, y hoy que descansas en la tumba fría ya nadie piensa en ti;

¡miseria humana!

Trece de agosto de mil quinientos veintiuno

Del bello Anáhuac la gentil señora, la gran Tenoxtitlan que en oro y flores la frente reclinaba a los fulgores del sol radiante que sus cumbres dora, ya es presa de Cortés; ya la invasora hueste que siembra por doquier horrores, los templos profanó, y en sus furores nada respeta, ni a mujer que llora.

Cayó el imperio que Tenoch un día fundó a la orilla del sereno lago, y Cuauhtémoc heroico defendía. Callad! no importa! pues el aire vago difunde la tremenda profecía: venganza alcanzará tan fiero estrago.

La mañana

Del sol la luz esplendorosa baña del monte altivo la argentada nieve; la rubia espiga del trigal se mueve los vientos al llegar de la montaña; el ágil labrador de su cabaña al campo sale tras descanso breve que no ha turbado torcedor aleve: pues que nada ambiciona y nada extraña; la verde grama que tapiza el suelo ostenta, con orgullo, del rocío las blancas perlas que lloró la noche; se eleva el ave hasta el azul del cielo, gozoso corre murmurando el río y la rosa gentil abre su broche.

La siesta

Tras el regio festin de la mañana de aromas, y de luz, y de armonías, parece que a tan dulces alegrías Natura, tregua, por brindar se afana. La vocinglera turba cortesana de aves canoras, busca las umbrías soledades do corren mansas, frías, las aguas puras que la roca mana.

Los brazos de la ninfa encantadora busca el amante con febril empeño y ardiente jura que sin tin la adora. Ella le llama con pasión su dueño, se embriagan con su dicha seductora y el ángel del amor vela su sueño.

La tarde

La esmeralda del mar fulgente brilla al recibir del sol la luz postrera, el nido busca el ave placentera, cantando el pescador deja la orilla. En la humilde cabaña la sencilla y cristiana oración sube a la esfera como el sagrado incienso, porque espera en el Señor y a su poder se humilla.

La vespertina estrella misteriosa diamante finge que sujeta el velo allí en la frente de la casta esposa; la noche se aproxima en tardo vuelo, mece la flor la brisa rumorosa, todo es quietud en la extensión del suelo.

La noche

Cual dama hermosa que el oscuro velo para acercarse a su adorado, toma y en él se envuelve, y tras el velo asoma la luz radiante de su dulce anhelo; como el arrullo del amor el vuelo detiene apasionada la paloma, y envuelta de la flor en el aroma se lanza al nido de su dicha cielo, oculta así la noche en negro manto que el áureo polvo de los astros llena, viene y derrama su divino encanto.

Piadosa alivia del mortal la pena, las gotas seca de su acerbo llanto y brinda al corazón la paz serena.

Cuauhtémoc

Cuando el imperio por Tenoch fundado miró llegar desde el lejano Oriente Como tremenda tempestad rugiente al invasor inícuo y desalmado, de patriotismo y de valor dechado, con sed de gloria y entusiasmo ardiente, sublime te opusiste a aquel torrente y Anáhuac tuvo su mejor soldado.

¡Oh prócer inmortal! cómo fulgura tu nombre ilustre, de la patria gloria, tan grande cual tu propia desventura! Los siglos al pasar, de tu memoria no el brillo opacan, porque eterno dura el libro sacrosanto de la historia.

Cuitláhuac

Brilla en su frente la imperial corona cuando de Anáhuac el sagrado suelo profana Hernán Cortés, y allí en el cielo la tempestad sus nubes amontona.

Noble y altivo su valor pregona, funda en la muerte su mejor anhelo, y al ver que Anáhuac entre sangre y duelo con horrendo fragor se desmorona, lanza sus huestes a la lid; resiste al hierro y al corcel del castellano que con empuje formidable embiste ....

¡Victoria! su denuedo sobrehumano grabó en la historia con la noche Triste la fama del heróico mexicano.

Coanacoch

¡Oh rey alcohuacano sin ventura, del infame Ixtlixochitl prisionero! ¿Por qué en las horas del combate fiero así te respetó la muerte dura? Tu noble cuerpo, de infernal tortura libre quedara entonce hasta el postrero instante del vivir, y altivo, entero, defendieras la patria con bravura.

Heróicos hechos de eternal memoria hubieran señalado tu camino, el libro enriqueciendo de tu historia! No así lo quiso tu fatal destino; mas nada amengua tu brillante gloria y eterno luce tu blasón divino.

Cacama

De Grecia y Roma los caudillos fieros que del tiempo a través admira el mundo, émulo en ti hallaron sin segundo, de Anáhuac honra, y flor de sus guerreros. Tu voz, aliento daba a los flecheros en la sangrienta lid, y con profundo rencor, lanzaban al aliado inmundo el dardo que embotaban los aceros.

Cautivo al verte tras feral combate, y atado sin piedad a la cadena, no tu denuedo varonil se abate: desprecias el puñal, y con serena mirada, ves la muerte; ¡tu rescate! ¡Sola esperanza que tu pecho llena!

Tetlepanquetzal

Monarca de Tlacópam! no perdido quede tu nombre que esplendente brilla de Anáhuac en los fastos, sin mancilla; salve tu gloria el implacable olvido. Los hados fieros, por tu mal, vencido te dieron al soldado de Castilla; mas nada importa; sucumbir no humilla cual cae el roble por el rayo herido.

Al ver el suelo de la patria hollado, latió tu noble corazón ardiente y al combate corriste denodado. Ciñó el martirio tu radiosa frente y tu nombre inmortal quedó grabado de México en la historia refulgente.

Xicoténcatl

La nieve de los años todavía estaba lejos de su altiva frente; de sangre juvenil la lava ardiente en su esforzado corazón corría: mas, prudente y sagaz, miró la impía invasión castellana, cual torrente a arrebatar dispuesto en su corriente la vida y honra de la patria un día.

Entonces dando su rencor a olvido se lanza con ardor a la pelea, al lado del azteca aborrecido. Así con gloria su pendón pasea, y Xicoténcatl al caer vencido, en morir por la patria se recrea.

En el baile y en el templo

En alegre festin, de dicha loca anoche te miré; su gala fuiste; ¡qué bella y qué gentil resplandeciste! Un nido de sonrisas fue tu boca. La frente hoy cubres con la negra toca, el humilde percal tus formas viste; lívido el labio.... la mirada triste ya no a los goces del amor provoca.

¿Por qué te miro así? ¿por qué hacia el templo, que es casa del Señor, hoy te encaminas semejante a figura de un retablo? En vez de darnos de piedad ejemplo pruebas, niña, que das, ¿no lo imaginas? Los huesos al Señor, la carne al diablo.

Bienvenida

Llegue en buena hora la gentil viajera de rubias crenchas y de azules ojos, de placido mirar, de labios rojos, y de sonrisa grata y hechicera. Como llega la hermosa primavera ocultando con flores los abrojos, llegue la niña así, de los enojos borrando pía la memoria fiera. ¡Oh rosa que brotó bajo otro cielo!

Ven, perfuma, embellece y engalana con tus encantos, de mi patria el suelo; ven, a tu hechizo arrobador, mañana los bardos cantarán con dulce anhelo tu belleza y tu gracia soberana.

A mi amigo don Pedro Santacilia

La hermosa flor que engalanó tu huerto, con mano cariñosa cultivada por ti con dulce afán, hoy trasplantada miras, y temes al destino incierto. No dudes, no; tu corazón abierto al gozo deja, pues que parte ornada de la santa virtud quo es la preciada nave segura que conduce al puerto.

Será felice, y al mirar cumplida de sus ensueños la ilusión brillante, te amará más y más, agradecida. Hija, te daba su ternura amante: esposa y madre, llevará de egida tu nombre, como el faro el navegante.

A Teresa

Hay tanta juventud y tanta vida ¡oh Teresa gentil! en tu hermosura, que al ver tus ojos do el placer fulgura todo un pasado de dolor se olvida.

¡Cómo no amarte, si de flor garrida tienes el talle; si tu voz murmura cual aura en el pensil; si la ternura tu ser pregona y al amor convida! Hay algo en ti de celestial promesa, hay algo en ti de arrobador ensueño que paz al corazón y dicha infunde.

¡Feliz quien logre proclamar, Teresa, que es de tu encanto seductor el dueño, que tu ser con el suyo se confunde.

Lazo de amor

Ese ángel puro que con dulce anhelo gozosos contemplais en este día, lazo es de amor que a vuestro hogar envía como una santa bendición el cielo. Lirio que brota a perfumar el suelo, ave parlera y fuente de alegría en la vida tendreis que ayer corría en triste soledad y amargo duelo.

Bendecid al Señor; brillante aurora a vuestro noble corazón ofrece tras la noche de pena abrumadora. Bendecid al Señor; él resplandece en la dulce sonrisa encantadora del niño que un arcángel os parece.

La partida

Del mar azul en la extensión la luna su luz difunde placentera y grata; como en espejo de luciente plata se mira reflejar sin mancha alguna. En tanto, de la mísera fortuna la rueda siempre veleidosa, ingrata, prosigue su girar, y me arrebata a la beldad que amé como a ninguna.

Hiende las olas la velera nave que al alma roba su mejor tesoro, a la que canta como trina el ave. Y al ver que parte la mujer que adoro, el dardo siento de la pena grave y el mar aumento con mi triste lloro.

Tu voz

Más dulce que la brisa que suspira al posarse en el cáliz de las flores, más grata que del prado los rumores cuando la luz en occidente espira; más tierna que los ecos de la lira con que cantan su amor los trovadores, melodiosa cual de tiernos ruiseñores la triste queja que el amor inspira.

Llegó a mí tu voz; profunda pena mi desgraciado corazón sentía y el alma estaba de amargura llena. De tu voz a la célica armonía volvió mi vida a trascurrir serena "Como otros tiempos, cuando Dios quería."

Resignación

No importa; sigue, mísera fortuna hiriendo sin piedad con tus rigores, y cual secaste las primeras flores que brotaron a orillas de mi cuna, seca así las demás; cuando ninguna mi senda alfombre ni me brinde olores, el consuelo hallaré de mis dolores en la virtud y fe que mi alma aduna.

Pasan los goces de la breve vida, la amistad, el amor, cuanto hay de hermoso, y acaba el débil cual sucumbe el fuerte. Mas el que lleva la virtud de egida feliz encuentra bienhechor reposo en el seno tranquilo de la muerte.

A Lelia

Hay en la luz de tus azules ojos, ¡oh reina de la gracia y gentileza! Irresistible imán, y tu belleza inspira glorias y disipa enojos. Hay en la rosa de tus labios rojos la dulzura que borra la tristeza, y pródiga te dio Naturaleza Hechizos seductores por despojos.

Feliz quien pueda proclamar ufano que es dueño de tan cándida hermosura y escuche que le llames soberano; feliz quien goce tan sin par ventura, y desdichado aquel que implore en vano el dulce beso de tu boca pura.

A Juárez

Sombra del héroe que el mejor escudo fue del Anáhuac, y esplendente gloria, cuando esquiva mostróse la victoria de la invasión ante el empuje rudo, a tu excelsa mansión llegue el saludo de eterna gratitud, que a tu memoria un pueblo eleva al repasar tu historia que el negro olvido sepultar no pudo.

La noble juventud y sus mayores, tu fosa que es altar bendito y santo de Patria y libertad, cubren de flores; te ofrece el bardo su armonioso canto, plácida niñez dice tus loöres y la fama te da su regio manto.

Al sueño

¡Oh sueño bondadoso! a ti me entrego, a ti que alejas el mortal quebranto cuando te acercas con cariño santo brindando al alma celestial sosiego. Cierra mis ojos escuchando el ruego del triste corazón que anega el llanto, y en onda pura de inefable encanto de mi rudo penar apaga el fuego.

Ven; a tu influjo bienhechor las horas veloces se deslizan, como ruedan del arroyo las aguas bullidoras. Ven, sueño dulce, ven; solo me quedan tus bellas ilusiones seductoras que la pasada realidad remedan.

Al Popocatépetl

No te quiero pedir tu lava ardiente para inundar con ella la campiña, ni que tu aliento abrasador constriña al invasor a doblegar la frente. Baste al Anáhuac el amor ferviente de sus hijos mejores, cuando riña en combate feral; su frente ciña del vencedor el lauro refulgente.

Gran Popocatépetl! si fiero estalla de la guerra implacable el ronco estruendo, ilumina con tu lumbre la batalla; anuncie al mundo tu bramar horrendo que nadie al mexicano le avasalla, que su honra sabe defender muriendo.

A Rafael Obligado

Las dulces notas de tu laüd de oro, egregio trovador, a mí llegaron y absorto las oí; me deleitaron como los trinos del turpial canoro. Es tan excelso tu cantar sonoro, que al oirlo a mi mente se agolparon recuerdos de ilusiones que formaron en otros días mi mejor tesoro.

Al Pindo quise remontar el vuelo, el lauro pretendí de la poesía; mas me negó la inspiración el cielo. Por eso, al escucharte, al arpa mía no pido notas en mi ardiente anhelo y humilde prosa mi amistad te envía.

¿Por qué?

La gloria, y el poder, y la grandeza, todo pasa veloz, y todo en suma no es sino pompa de argentada espuma que pierde en un instante su belleza. Tras los halagos del placer, tristeza; en pos del fausto la miseria abruma cual tras radiante sol llega la bruma; lo prescribe en su ley Naturaleza.

Si nadie vence al implacable olvido cuando desata su tormenta insana y al hombre envuelve en su tiniebla fría, ¿por qué de orgullo y vanidad henchido en ostentar el hombre así se afana poder y gloria y esplendor de un día?

A un amigo

En sueño eterno, por su bien, dormido se encuentra el niño que formó tu encanto; la muerte le ha cubierto con su manto, ya no su voz deleitará tu oído.

Así lo quiso Dios! cese el gemido del alma triste, y el acerbo llanto; ya el niño es ángel que al eterno y santo Por ti hoy implora y por tu hogar querido. Del mundo miserable en los abrojos, el hombre arrastra la fatal cadena de dudas, de tormentos y de enojos.

¡Dichoso aquel que parte a la serena region do nunca nublará sus ojos el llanto inextinguible de la pena!

A una vieja

No te pido perdón; jamás perdona la que se oyó nombrar antigua y fea; y lo vuelvo a decir: no me recrea edificio que ya se desmorona. ¿Que tu eres rica? el mundo lo pregona, ¿que eres sábia? no falta quien lo crea;

¿que eres tesoro de virtud? pues sea, mas la virtud en vieja nada abona.

Sé muy bien que la gracia y la hermosura acaban, y que solo permanece el noble corazón de Dios hechura; mas sé también que con los años crece el horror que nos causa la figura que seca momia a la mirada ofrece.

Trasformación

¿Y eres tú, y eres tú, la ninfa hermosa, mi dulce amor en los risueños días de mi temprana edad, cuando vivías en mí pensando amante y cariñosa? Eran, ¿te acuerdas? para mi alma ansiosa nido de amor tus labios, armonías los ecos de tu voz; resplandecías por bella y por gentil y por graciosa.

Por contemplar tu rostro soberano quise mil veces arrostrar la muerte, de mi pasión en el delirio insano; y hoy que a mi paso la voluble suerte te vuelve a colocar, anhelo en vano en esta sombra triste conocerte.

El tormento

La miserable chusma vocifera al ver burlada su voraz codicia, y pide a Hernán Cortés que la justicia en aras viole de pasión rastrera. El duro vencedor teme a la fiera desbordada altivez de su milicia, y criminal y torpe la acaricia y al grande Cuauhtémoc manda a la hoguera.

Ibero capitán! tú no comprendes la negra mancha y el eterno daño que sobre el nombre de tu patria tiendes. Contempla a Cuauhtémoc al miedo extraño cuando la hoguera sin piedad enciendes, como si fuera de deleite un baño.

A...

De mis ensueños el arcángel fuiste al entreabrirse las primeras flores de la dulce ilusión de los amores allí en la aurora de mi vida triste. Estrella de consuelo, apareciste en la noche fatal de mis dolores, y de tu hermosa luz con los fulgores mis horas negras disipar supiste.

De belleza y virtud doble corona miro lucir en tu serena frente que tus bondades al brillar pregona. Por eso el alma con pasión ferviente las dichas que te debe galardona y noble orgullo al adorarte siente.

El niño enfermo

¡Oh santa, maternal Naturaleza! Cuál pregonas doquier, que desde el cielo sus leyes dicta Dios, y que es el suelo revelación no más de su grandeza! ¿Quién, sino tú, concede fortaleza en negras horas de incesante anhelo, a la madre infeliz que al pequeñuelo postrado mira con mortal tristeza?

Oh! no es la ciencia, no, la vencedora de la fiebre voraz que al niño aqueja y su cándida frente descolora: es Dios que escucha con piedad la queja de madre tierna que con fe le implora y es solo Dios el que a la parca aleja.

A una desposada

Al mirar de tus sienes desprendida de blancas flores la nupcial corona, mañana en noble y en gentil matrona te verás, niña hermosa, convertida. De tu paterno hogar la despedida lágrimas a tus ojos amontona, y tiemblas, palideces, te abandona de tus ensueños la ilusión querida.

Desecha, bella niña, los temores, vuelva a tus labios la sonrisa pura, resplandezcan tus ojos soñadores; que si orna la virtud a la hermosura, el hogar que le brindan los amores es un cielo de paz y de ventura.

¡Perdón!

Los celos con su llama abrasadora mi frente calcinaban, dueño mío, mirando tu esquivez y tu desvío mientras constante el corazón te adora. Pude un momento vacilar, señora, en negras horas de mortal hastío, como desvía su corriente el río que da sus aguas a la mar sonora.

Pasó la fiebre del delirio insano, volvió mi vida a trascurrir serena y encuentra mi alma en tu bondad consuelo. Perdón si te ofendí; cual humo vano disípese el pesar que te enajena y que brille la paz en nuestro cielo.

Plegaria

No te pido, Señor, que la riqueza en mí el tesoro de su bien derrame, ni te pido tampoco que me aclame el mundo, sin rival por mi grandeza.

No imploro que me brinde la belleza dulces caricias y en amor me inflame, ni que la voz de la mujer me llame a un cielo sin pesares ni tristeza; no halle en la vida ni placer ni calma, mi cuerpo ya cansado se consuma en medio de amarguras y dolores; mas dame el solo bien que anhela, mi alma: que no le pidan a mi pobre pluma para otros álbum estudiadas flores.

Reconciliación

Y es verdad? y es verdad? y no es un sueño que al fin, dolida de mi mal, me llamas a tu lado otra vea, y que proclamas que soy tu solo amor, tu solo dueño?

Tu semblante dulcísimo y risueño aun más que el labio, dice que te inflamas en intensa pasión, y que reclamas mis besos puros con febril empeño. Ven a mis brazos, ven; daré al olvido de tu ausencia fatal las tristes horas y de mi pecho callará el gemido.

Ven, Lelia mía, ven; tus seductoras caricias, gozaré de amor rendido y fiel te adoraré cual tú me adoras.

Morelos

Como se lanza el águila altanera del insondable espacio a las regiones, cual su melena agitan los leones cuando se aprestan a la lucha fiera, así Morelos al mirar la hoguera en que Hidalgo inflamó los corazones, se lanza a combatir, y a sus pendones nada se opone en la triunfal carrera.

El génio brilla en su inspirada frente como en el éter claridad del día, y al fulgor de su acero prepotente y al mirar su indomable bizarría, la victoria le sigue reverente y a la gloria inmortal sus pasos guía.

A Allende

Fue el amor! fue el amor! el sentimiento que enciende el corazón en llama pura, el primero en hablarte con ternura de la gloria, provocando tu ardimiento. Después la patria en funeral lamento dolióse de su negra desventura y fiera esclavitud, a tu bravura pidiendo el fin de su fatal tormento.

La patria y la beldad! los dos amores tu noble pecho juvenil llenaron con sus santos y divos resplandores; y corriste a la lid, y en ti miraron los bravos insurgentes de dolores El mejor capitan que ambicionaron.

A Lelia

Si, yo te amé, es verdad; de mi ternura mil pruebas te ofrecí gozoso un día, y mi humilde laüd con su armonía celebró tus hechizos y hermosura.

Con toda la efusión del alma pura las notas de mi canto te ofrecía, y en el delirio de la mente mía en ti cifraba mi eternal ventura. Después a olvido mis canciones diste, de otro amor escuchaste el juramento y en alas de ese amor voluble fuiste.

¿Y extrañas todavía que el tormento mi frente anuble y que mi canto triste penetre en tu mansión cual un lamento?

La pecadora

Si fuera cierto que el amor redime, y la angustia y dolor en paz serena se tornan, una vez que el alma llena de encanto celestial pasión sublime, oh Laura seductora! acaso, dime ¿no serias contrita Magdalena? Allí en tu frente blanca de azucena ¿qué haría la mancha que el pecado imprime?

Amor te daba el corazón ardiente del hombre que te había perdonado; mas ay! en tu alma destructor torrente existe contenido, no cegado, y a pesar de los sueños del presente se mira que renace tu pasado.

A Lelia

No de las quejas que en letal quebranto el alma triste dolorida exhala, las notas te daré mientras resbala tu vida en medio de feliz encanto. No con las gotas de mi amargo llanto ¡oh paloma gentil! se moje tu ala; yo el rumbo seguiré que me señala mi sino adverso, aunque te amaba tanto.

Las hadas que en la cuna te mecieron gozosas presagiaron tu ventura cuando tu frente alabastrina vieron; ay! y esas mismas hadas la amargura al hombre que te amara predijeron, ¡que tal el signo fue de tu hermosura!

Al general don Nicolás Bravo

¿Quién noble como tú? ¿quién tan sublime en el perdón del enemigo pudo contra el olvido fiero hallar escudo? ¿Quién cual tú en bronces su grandeza imprime? ¿Del libro de la historia, en dónde, dime, a vencer aprendiste el torpe y rudo instinto vengador que en grito agudo sangre demanda a quien el hierro esgrime?

Hundieron de la muerte en el abismo al autor de tus días los arteros defensores del negro absolutismo; y ya en tus manos sus verdugos fieros libres se ven por ti. ¡Excelso heroísmo! ¡El perdón enaltece a los guerreros!

La libertad

En vano el tiempo sin piedad consuma su eterna destrucción y al hombre arroja al no ser, y arrástrale cual hoja de arbusto débil, o cual leve pluma.

Hay algo que no muere entre la bruma del negro olvido, y a que no acongoja de la nada el temor, ni se despoja jamás del manto de su gloria suma: la santa libertad! la noble idea de la conciencia luz, que resplandece entre el humo y fragor de la pelea; la santa libertad! árbol que crece y al elevar su copa gigantea al hombre abrigo bienhechor ofrece.

A una madre

La luz de aquel tu hogar donde sus flores el tierno amor y la virtud sencilla derraman, oh señora! ya no brilla; es la noche fatal de los dolores. Cual huye del invierno a los rigores presurosa la tímida avecilla, la niña huyó también y sin mancilla al cielo se elevó; mas no la llores.

¿Por qué llorarla? sinsabor y pena en herencia fatal cupo al mundano en esta vida de tormentos llena. Y pues fue ese el designio soberano del que al mar y a los astros encadena, acata humilde su divino arcano.

A una artista

No canta el ave así; no así del viento el suspirar se escucha en la arboleda, ni el manso arroyo que entre guijas rueda el son iguala de tu dulce acento. Ya revele tu voz del pensamiento amargura tenaz o dicha leda, es nota de arpa celestial; remeda alegre risa o funeral lamento.

Mas ay! si a influjo de tu dulce canto olvida el triste corazón sus penas también es causa de dolor y llanto. Infundes el amor cual las sirenas, y a aquel que admira tu hechicero encanto a eterno vasallaje le condenas!

A Guerrero

Si el grande Hidalgo el adalid primero fue de la patria en memorable día, y Morelos con génio y bizarría la fama obtuvo de inmortal guerrero; si Bravo el generoso dio al ibero sublime ejemplo de nobleza pía, ¿quién tu constancia superar podría allí en las horas de infortunio fiero?

Tú fuiste la vestal conservadora del fuego sacrosanto, en las regiones del Sur que Febo con su lumbre dora: salvaste de la patria los pendones hasta que vieron despuntar la aurora de hermosa libertad los corazones.

A Laura

Avaro, Laura, soy de tu ventura, y al mirar tu belleza soberana me atribula pensar que ciega o vana pudieras descender de tanta altura. Goces, riquezas, cuanto dicha augura, te habrá de prometer la cortesana juventud que te sigue y que se afana por ver marchita tu inocencia pura.

Ay si la escuchas! sus brillantes flores aspid ocultan de fatal veneno que hará que triste y desolada llores. Si abres incauta al seductor tu seno, tras el sueño falaz de los amores su negra infamia te hundirá en el cieno.

La palma

Encuentra alguna vez el peregrino al cruzar las arenas del desierto, gentil oäsis de verdor cubierto que tregua brinda a su fatal camino. Al verlo, del rigor de su destino se olvida el caminante y siente abierto su pecho a la esperanza, como el puerto tras negra tempestad mira el marino.

Entonces en el tronco de la erguida palma que hermosa en el desierto crece y que al descanso y a la paz convida, su nombre graba y con ternura ofrece no olvidarla jamás.... Así en mi vida tú eres la palma que gentil se mece.

A Fela

Tras de las horas del placer, un día las horas llegarán de la tristeza, cuando, marchita la gentil belleza, te cerque, Fela, soledad impía. No importa! a la tenaz melancolía vencida mirarás si con grandeza consagras tu cariño y tu terneza al infinito amor de tu María.

Resista al infortunio tu alma fuerte y nunca temas, aunque el mal te aflija, que la mano del mal pueda vencerte. Oh Fela hermosa! la mirada fija ten en que alcance venturosa suerte la dulce niña de tus sueños hija.

En la muerte de mi padre

Como destroza el huracán bravío antiguo roble poderoso y fuerte, al golpe así de la implacable muerte bajaste al antro del sepulcro frío. ¡Oh padre bondadoso! ¡padre mio! Perdon si estuve, por mi adversa suerte, tan distante de ti para ofrecerte de mis ardientes lágrimas el rio.

Si es verdad que se mira desde el cielo lo que pasa en el mundo infortunado, ¡oh padre de mi amor! mira mi duelo, y a Dios implora porque el hijo amado funde constante su ardoroso anhelo en merecer llevar tu nombre honrado.

Voz profética

"No el triste desaliento ni la duda "De la senda te aparten de la gloria; "Apréstate a la lid y a la victoria; "Noble es tu causa, la razón te escuda.

"Amargos días vendrán; sin tregua, ruda "Será la lucha, y eternal memoria "Con ella alcanzarás cuando la historia "Tus hechos narre, de pasión desnuda." Así a la patria en inspirado acento dijo al tomar la tricolor bandera, Juárez, el héroe de sin par constancia.

Y México le oyó, y el vencimiento ornó su frente cuando altiva y fiera hollarle quiso el águila de Francia.

Adelfa

¿Nueva corona de ciprés? ya zumba terrible nuncio el Aquilón, de muerte, y llega hasta mi hogar y así me advierte que el destino fatal cavó otra tumba? ¿La víctima será que se derrumba en la insondable eternidad, inerte el sabio ilustre, o el guerrero fuerte por quien el eco del cañón retumba?

No; la corona de ciprés, guardada hoy debe de quedar; otra de flores, mis amigos, traed: murió mi amada. Con ella los ensueños seductores mueren del corazón, y la anhelada ventura que cifrara en sus amores.

El mendigo

Ya no piedad sino temor abrigo, (No porque lleve corazón de roca), si oigo que santa caridad invoca envuelto en sus harapos el mendigo. En él oculto encuentro al enemigo de la familia y del taller; provoca al incauto holgazán a vida loca. Que es de su infame proceder testigo.

Si un asilo benéfico le ofrece la hermosa y noble caridad cristiana, al nombre del asilo se enardece. ¿Trabajo le brindais? con furia insana os mira, y al instante desparece para volver a mendigar mañana.

Tu secreto

Te engañas, Margarita encantadora, si piensas ocultar el vivo fuego que arde en tu corazón; amor es ciego y más y más lo es, si triste llora. El amor tus mejillas descolora, tu voz traduce del amor el ruego, y tus pupilas con su ardiente riego denuncian la pasión que te devora.

Si el sol la casta nitidez aviva de la flor del cariño delicada, ¿por qué pretendes que en la sombra viva? Si es noble tu pasión, ¿por qué guardada así la dejas, cuando puede altiva reflejarse en la luz de tu mirada?

A...

Al mirarte, se agolpan a la mente tus historias de amor, tus alegrías; en vano un velo colocar ansías oh Celia! entre el pasado y el presente. Y aunque vislumbro en tu marmórea frente la huella de los goces de otros días, tu voz distrae las memorias mías y vuelvo a darte mi cariño ardiente.

¿Qué filtro misterioso con tus besos ¡oh sirena falaz! en mí derramas cuando los dejas en mi labio impresos? Sabe bien mi corazón que no le amas, comprende tus fingidos embelesos y vive de tu amor entre las llamas!

A Lelia

¡Oh causa de mi triste desvarío, casto sueño de amor y de ventura! ¿Por qué, ingrata, a la voz de mi ternura fue así tu pecho, como el mármol, frío? ¿Por qué corresponder con el desvío que del dolor es fuente, y de amargura, a quien tanto ensalzara tu hermosura, mitad del corazón, ídolo mío?

¡Qué vida tan feliz, acariciada con los arrullos de pasión ardiente, mi amor tenía para ti guardada! ¡Qué corona más pura y refulgente que la corona excelsa, Lelia amada, del maternal amor, para tu frente!

Remordimiento

Acaso, Lelia, al espirar la tarde, mirando sus postreros resplandores a la orilla del mar, en mis amores piensas, y treme el corazón cobarde. Es inútil tu afan de hacer alarde de tu olvido crüel y tus rigores, pues tiene la conciencia aterradores tormentos de que no hay quien te resguarde.

Era en tarde otoñal clara y serena; ¿te acuerdas bien? tu boca con mi boca, y tú en mis brazos con ferviente anhelo. Del mar azul en la movible arena. Movible como tú, de dicha loca mentiste amor ante la faz del cielo.

Apariencia engañosa

Ah! no es la tuya, rosa, la alegría que inunda al alma con su amor dichosa: es la máscara no más con que afanosa ocultas la tenaz melancolía. Como la luz al espirar el día es la luz de tus ojos, misteriosa, y hasta el acento de tu voz, ¡oh rosa!

El dejo tiene de tristeza impía. El beso de tus labios no es el beso que al sueño dulce del amor provoca; la frente quema donde fuera impreso. En vano buscas anhelante y loca la dicha, del festin en el exceso: la muerte allí tu corazón invoca.

¡Bendita seas!

En el sagrario del hogar, tranquilas las gratas horas de tu vida ruedan, sin que los propios sinsabores puedan nunca el llanto arrancar de tus pupilas. Jamás el bien al practicar vacilas, porque tus nobles sentimientos vedan pensar que hay seres que el dolor remedan y pasan del mendigo entre las filas.

¡Cuánto es modesta la virtud, señora, de tu benigno corazón, ajeno a torpe vanidad embriagadora! Bendígate el Señor cuando a su seno partas radiante en tu postrera hora, de fe cristiana al resplandor sereno.

Loor eterno

Formen ¡oh patria! tu mejor tesoro a despecho del tiempo y de los hados, los nombres de los héroes esforzados que supieron morir por tu decoro. Que de los bardos el cantar sonoro pregone por doquier de tus soldados el ínclito valor, y así grabados sus hechos guarden caracteres de oro.

No permitas que borre en su carrera el tiempo destructor, del sabio el nombre, ni el del apóstol de virtudes santas. Por ellos es brillante y duradera tu gloria, y es excelso tu renombre y altiva y libre su grandeza cantas.

A Lesbia

Ornada al verte de sin par belleza de humilde hogar en el recinto oscuro, y al sentir que es el pan amargo y duro del ser abandonado a la pobreza; sin fe tu corazón, sin fortaleza, de la santa virtud franqueaste el muro y fuiste en brazos del deleite impuro huyendo del dolor y la tristeza.

Al despertar de tu delirio insano te encuentras para siempre envilecida, y es inútil tu afán, tu clamor vano. Ya del vicio en los antros sumergida eres lirio en el cieno del pantano, perla en inmundo lodazal caída.

Astro de amor

Cual rica joya de que pende el velo de bella desposada, así la luna mensajera de amor y de fortuna está prendida en el azul del cielo. Su cándido fulgor el dulce anhelo acrece del amante, que importuna la luz encuentra, porque sombra alguna cubre sus ansias, su febril recelo.

En blanca nube cual vellón, envuelve el astro sus fulgores de topacio y al férvido amador la calma vuelve. Se oye crujir la puerta del palacio, el favorito penetrar resuelve y aparece la luna en el espacio.

Quantum mutatus ab illo

¡Coronas de laurel! para el guerrero emblema hermoso de eternal memoria, coronas esculpidas por la historia en el bronce o el mármol duradero: si un tiempo fuísteis el afan primero del inspirado trovador, su gloria, os habéis convertido en irrisoria ofrenda concedida hasta al torero.

Del histrion infeliz ornais la frente entre el aplauso de la turba necia que el circo asorda cual turbion rugiente. Quien de sensato con razón se precia ¡oh coronas! os mira indiferente, y vuestro brillo el pensador desprecia.

A Fabio

Oh! cuál me indigna, Fabio, la arrogancia con que pretende el hombre que su idea domine por do quier y pauta sea, porque lo quiere así su intolerancia! Infalible se juzga en su jactancia; las obras de otro ingenio, ¡cuál afea! Y cómo con las propias se recrea con entusiasmo y sin igual constancia!

Que adores a su Dios; que la hermosura de la mujer ensalces que él admira, y casta llames a quien llama él pura; ¿no es necio pretender? ¡Oh Fabio! mira si puede ser mayor la desventura del que por santa libertad suspira.

A Yucatán

¡Oh tierra bendecida en que corrieron de mi risueña juventud los días! Tu nombre aviva las memorias mías de aquellas horas que por siempre huyeron. Los padres de mi amor, y cuantos dieron ventura al corazón, en tumbas frías yacen, y solo, Yucatán, me envías en tu brisa el adios que me dijeron.

En mi desierto hogar los rayos vierte de su luz melancólica, la luna, y se oye en su recinto voz de muerte. ¿A qué volver a ti? dicha ninguna en ti me aguarda por mi triste suerte: ni amores, ni esperanzas, ni fortuna!

Tu retrato

Vanidoso el artista, fiel traslado creyó dejar aquí de tu hermosura, ¡como si en esta pálida pintura estuviese tu hechizo retratado! No pudo, no, copiar el encantado mirar de tus papilas, su ternura, ni la sonrisa de tus labios pura, ni tu talle gentil y delicado.

Y yo que nunca ambicioné del arte el lauro, ni su gloria pretendía, puedo sin loca vanidad jurarte que en el sagrario está del alma mía tu imagen, que grabé para adorarte hasta que llegue mi postrero día.

En el sepulcro de una joven

Brillaban en sus sienes todavía del virginal candor las azucenas, y el dardo agudo de letales penas su tierno y casto corazón no hería. Arroyo manso que en la selva umbría pasa entre flores de perfume llenas, era su vida en el hogar: serenas así las horas trascurrir veía.

De los amores la caricia ardiente su sangre no encendió, ni el beso impuro de infame seductor manchó su frente. Así vivió; del porvenir oscuro jamás temió la tempestad rugiente, y así tendió su vuelo al éter puro.

Adelina Patti

Bella maga gentil y seductora que hechizas con acento nunca oïdo: ¿la alondra fuiste del Edén perdido, nuncio feliz de la primer aurora? Al dulce arpegio de tu voz, señora, el corazón suspende su latido, y de sublime admiración rendido queda a tus plantas el que al arte adora.

¡Feliz quien logra de tu voz divina disfrutar una vez, cuando te inflama la excelsa inspiración que en ti fascina! Del canto reina el orbe te proclama, y tu nombre repiten, Adelina, los ecos sonorosos de la fama.